

REVISTA DE  
ESTUDIOS DE  
JUVENTUD

128

→ Diciembre 2023

## Diálogos entre Educación y Consentimiento





REVISTA DE  
ESTUDIOS DE  
JUVENTUD

→ Diciembre 2023 | N°

128

## Diálogos entre Educación y Consentimiento

Coordinadoras  
Paula Roldán Gutiérrez  
Irene Zugasti Hervás

REVISTA DE  
ESTUDIOS DE  
JUVENTUD

**Dirección**

Margarita Guerrero Calderón

**Coordinación académica**

Paula Roldán Gutiérrez  
Irene Zugasti Hervás

**Coordinación técnica**

María Jesús Jiménez Díaz  
Clara López Ruiz  
Verónica Balsera Nieto  
Teresa Morillo Sánchez

**Diseño Gráfico**

Marino Rubio Izquierdo

**Ilustraciones**

Lucía Antruejo

**Edición**

© Instituto de la Juventud

**Redacción**

Observatorio de la Juventud y de las Mujeres Jóvenes

Tel: 91 782 74 82

Fax: 91 782 74 27

E-mail: estudios-injuve@injuve.es

web injuve: www.injuve.es

Biblioteca de Juventud

C/ Marqués del Riscal, 16

Tel: 91 782 74 73

E-mail: biblioteca-injuve@injuve.es

<https://cpage.mpr.gob.es>

Libro impreso con papel reciclado,  
60 % libre de cloro



ISSN: 0211-4364

NIPO en papel: 130220018

NIPO en línea: 130220023

DL: M-41850-1980

Publicación incluida en el Programa editorial de 2023 del Ministerio de Derechos Sociales y Agenda 2030 y editada por el Ministerio de Juventud e Infancia de acuerdo con la reestructuración ministerial establecida por Real Decreto 829/2023, de 20 de noviembre.

**Maquetación e impresión**

ESTILO ESTUGRAF IMPRESORES, S.L.

Las opiniones publicadas en este número  
corresponden a sus autores.

El Instituto de la Juventud no comparte  
necesariamente el contenido de las mismas.

**El tema · *The topic*** | Pág. 5

**Prólogo · *Prologue*** | Pág. 7  
**Margarita Guerrero Calderón**

**Introducción · *Introduction*** | Pág. 11  
**Paula Roldán Gutiérrez**  
**Irene Zugasti Hervás**

**BLOQUE 1 | *PART 1***

DE DÓNDE VENIMOS Y HACIA DÓNDE VAMOS. ENMARCANDO LA VIOLENCIA  
SEXUAL EN LA CONVERSACIÓN ACTUAL | Pág. 15

*WHERE WE COME FROM AND WHERE WE ARE GOING. FRAMING SEXUAL VIOLENCE IN THE  
CURRENT CONVERSATION*

- 1.1. Un camino de esperanza feminista: el derecho a la atención  
especializada frente a la violencia sexual | Pág. 17  
*A feminist path of hope: the right to specialized care in the face of sexual  
violence*  
**Bárbara Tardón Recio**

- 1.2. Navegar el consentimiento: reflexiones sobre violencia  
sexual en espacios digitales y narrativas desde la machosfera  
española | Pág. 31  
*Navigating consent: reflections on sexual violence in digital spaces and  
narratives from the spanish "machosfera"*  
**Sandra Tilve Pérez**  
**Irene Zugasti Hervás**

**BLOQUE 2 | *PART 2***

INTERSECCIONALIDAD Y VOCES JÓVENES. EXPERIENCIAS SITUADAS  
PARA ABRIR CAMINOS | Pág. 49

*INTERSECTIONALITY AND YOUNG VOICES. SITUATED EXPERIENCES TO BREAK NEW GROUND*

- 2.1. De la teoría a la acción: trabajando juntos en la lucha  
antirracista y afrofeminista | Pág. 51  
*From theory to action: working together in the antiracist and  
afrofeminism struggle*  
**Mery Bielo Bitá**

2.2. El trato de los medios y la viralización de noticias sobre violencias en personas discapacitadas | Pág. 65  
*Media depiction and propagation of news on violence against disabled people*  
**Oyirum**

2.3. Resistencias LGTBIQ+ frente al guion sexual dominante en la cultura de la violación. Repensando el consentimiento desde los espacios *queer* de la generación Z | Pág. 85  
*LGTBIQ+ resistance to the dominant sexual script in rape culture Rethinking consent from Gen Z queer spaces*  
**Paola Aragón Pérez**  
**Amara Pérez Dávila**

### **BLOQUE 3 | PART 3**

¿Y LOS HOMBRES, PARA CUÁNDO? LA VOZ DE LAS MASCULINIDADES TRANSFORMADORAS | Pág. 105

*AND MEN, FOR WHEN? THE VOICE OF TRANSFORMATIVE MASCULINITIES*

3.1. Masculinidad, juventud y consentimiento | Pág. 107  
*Masculinity, youth and consent*  
**David Kaplún Medina**

### **BLOQUE 4 | PART 4**

MANOS A LA OBRA. EXPERIENCIAS PRÁCTICAS PARA ENCONTRARNOS | Pág. 125

*LET'S GET TO WORK. HANDS-ON EXPERIENCES TO FIND US*

4.1. ¿Qué cuentan las chicas jóvenes en terapia tras sufrir agresiones sexuales cometidas por sus parejas? Aprendiendo de ellas sobre los aspectos clave del consentimiento sexual | Pág. 127  
*What do young girls in therapy say after being sexually assaulted by their partners? Learning from them about the key aspects of sexual consent*  
**Olga Barroso Braojos**

4.2. El enfoque positivo en la prevención de las violencias sexuales: proyecto ConSexUs de educación sexual integral | Pág. 141  
*The Positive Approach to the Prevention of Sexual Violence: ConSexUs Comprehensive Sex Education Project*  
**Noelia Hernández González**

4.3. OpenLab UAM Sexualidad: un espacio de participación y creación con-sentimiento para el cambio educativo | Pág. 157  
*OpenLab UAM Sexuality: A Space for Participation and Consensual Creation for Educational Change*  
**Paula Roldán Gutiérrez**  
**Javier González-Patiño**

**Colaboran en este número · Collaborate in this number | Pág. 177**

**BLOQUE 3 |**  
***PART 3***

¿Y LOS HOMBRES, PARA CUÁNDO? LA VOZ  
DE LAS MASCULINIDADES TRANSFORMADORAS

*AND MEN, FOR WHEN? THE VOICE OF TRANSFORMATIVE  
MASCULINITIES*





# 3.1

David Kaplún Medina  
davidkaplunmedina@gmail.com

## Masculinidad, juventud y consentimiento

### *Masculinity, youth and consent*

**Abstract.** El consentimiento, como concepto y como construcción social y política, se encuentra actualmente en un proceso de continua revisión debido, entre otros muchos factores, a la mirada feminista que pone el foco en las desigualdades de género que implícitamente se asumen, no se ven o se niegan. En este artículo se propone sumar al análisis dos elementos que afectan y nutren este debate: la masculinidad y la juventud, con la intención de extraer propuestas que permitan revisar lo que naturalizamos y generar alternativas conscientes, centradas en la inclusión de las personas que sufren las desigualdades identificadas y en la reparación de los daños causados.

**Palabras clave:** consentimiento, masculinidad, juventud, reparar en relación, pedagogía del amor.

**Abstract.** Consent, as a concept and a social and political construct, is currently undergoing continuous revision. This revision is influenced by various factors, including the feminist perspective, which highlights implicit assumptions, unacknowledged aspects, and denials of gender inequalities. In this article, we propose to introduce two additional elements into the analysis: masculinity and youth. Our aim is to extract proposals that enable us to reevaluate our assumptions and create conscious alternatives. These alternatives should focus on inclusivity for those experiencing identified inequalities and on repairing the resulting harm.

**Keywords:** consent, masculinity, youth, repair in group, pedagogy of love.

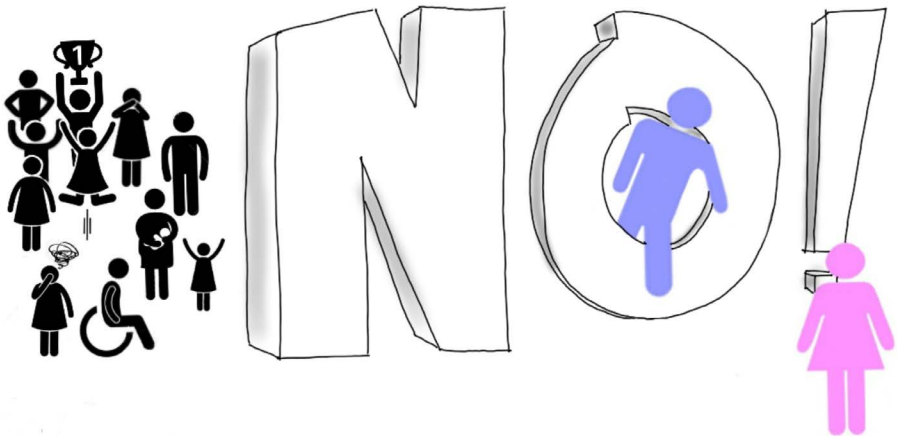


Figura 1. **El valor social de la usurpación.**

Fuente: Elaboración propia.

Transformar a una persona recién nacida en un niño, no es un proceso ni fácil, ni rápido. Se trata de un proceso lento y de mucha coordinación

entre factores personales, familiares, culturales, sociales... que generan una amalgama enorme de expectativas, límites, gustos, comportamientos, pensamientos, actitudes, ideales... que identificamos con lo que hemos decidido nombrar como masculinidad pero que, de entrada, no poseemos ninguna persona al momento de nacer.

Sin embargo, pese a lo complejo del proceso, se reproduce de forma tan cotidiana y por tantas personas a la vez que, para la mayoría de la gente, resulta imperceptible. Algo parecido pasa cuando, por primera vez, entendemos todos los detalles implícitos en procesos tan complejos como la circulación sanguínea, la digestión, respirar. Son tantos órganos implicados, realizando tantas tareas específicas y en perfecta coordinación que parece casi imposible que ocurra solo una vez y, sin embargo, ocurre muchas veces al día.

Es fundamental incorporar la idea de que, como especie, estamos realizando tareas grupales, asumiendo roles, movilizamos estructuras que son más grandes que cada una de las personas de las que dependen; pero, aún más importante es entender cómo lo hacemos, para ser cada vez más capaces de identificar de qué manera podemos transformarlas y con qué objetivo. En definitiva, ser más conscientes de los procesos sociales en los que, sin darnos cuenta, nos implicamos.

Con esta idea en mente, se propone un análisis que tiene en cuenta tres grandes construcciones sociales que la mayoría de personas en occidente sostenemos y, para hacerlo más sencillo, lo abordaremos desde la imagen de una persona no socializada, es decir, alguien que acaba de nacer o que lo ha hecho hace poco tiempo. Es decir, cualquier persona se ve afectada por los procesos de socialización, independientemente de nuestra edad o procedencia, sin embargo, al analizarlo desde la noción de una persona no socializada, se hace más sencillo entender estos procesos porque no presuponemos otra formación previa. Por lo tanto, los tres ejes que quiero mostrar son: “la masculinidad”, para hacer evidente cómo todas las personas tenemos una idea bastante clara sobre lo que este concepto implica y de qué manera nos define, independientemente de si nos construimos en oposición a ella (como mujeres), si la utilizamos como referente (como hombres) o si nos ubicamos al margen de ella (buscando nuevas formas de construir nuestra identidad). El segundo bloque está relacionado con lo que entendemos por “juventud”, nos consideremos o no parte de este grupo, y el tercer bloque, relacionado con el “consentimiento”, independientemente de si realmente deseamos o no lo que consentimos.

## 1. La construcción de la masculinidad

El proceso de formación que atraviesa un niño es algo tan cotidiano que, la mayoría de las veces —por cotidiano— no lo vemos. Sin embargo, si hacemos un ejercicio de consciencia, podríamos reconocer algunos elementos que pueden ser importantes: para identificarlo, a veces resulta más fácil si pensamos en lo que no hacemos con los niños, es decir, a los niños no les solemos ofrecer muñecas, ni juegos que impliquen contacto físico cariñoso, ni juegos de cuidado. En nuestro desarrollo suelen predominar los juegos de rapidez, de fuerza, de estrategia. Al especializarnos en un tipo de contenidos (y no en otros), vamos conformando nuestra identidad en torno a los contenidos que más ejercitamos, sin darnos cuenta de qué cosas nos vamos dejando por el camino. Por ejemplo, un clásico análisis en torno al tema, evidencia cómo la masculinidad no suele incorporar contenidos de cuidados a otras personas y, aunque esto parezca normal, en realidad no lo es tanto si consideramos que, aunque seamos hombres, no dejamos de formar parte de una especie gregaria y que, como otras especies similares a la nuestra, los cuidados son un eje primordial. Por lo tanto, cuesta entender por qué a una parte de la población no la formamos en estos contenidos. Es cierto que, al menos en

el discurso, cada vez más se enfatiza la importancia de que los hombres participen del proceso de crianza, sin embargo, lo cierto es que apenas les ofrecemos juegos para que ejerciten estas habilidades de pequeños y, en caso de hacerlo, si por ejemplo se les ocurre salir con una muñeca al parque o al cole, se exponen a ser marginados por el resto de personas con las que pretenden socializar.

No se trata de criminalizar estas conductas, por ahora se trata simplemente de ser conscientes de cómo estos procesos están ocurriendo a nuestro alrededor de manera cotidiana y, en muchos casos, sin que podamos evitarlas; porque no solo dependen de cada una de las personas que intervenimos en su crianza, sino también de la sociedad como sujeto formativo. Para poder identificar los elementos que forman parte de este proceso que llamamos masculinización, vamos entonces a abordar de manera más detallada qué implicaciones tiene.

## La Desconfianza

Una de las primeras cosas de las que solemos darnos cuenta cuando analizamos la huella que genera el modelo de formación masculinizada es la naturalización de la desconfianza. Parece algo sin importancia pero, al ver el tipo de juegos que les ofrecemos a los niños y jóvenes, se hace evidente la predominancia de la competición (fútbol, baloncesto, tenis, Fórmula 1...). No quedan prácticamente espacios para el juego tranquilo, colaborativo, inclusivo y, sin darnos cuenta, un día tras otro, vamos (como sociedad), afianzando la idea de que de eso se trata “ser niño: de ser los mejores, los más rápidos, los más fuertes, los más listos, es decir, formar parte de una élite, un grupo destacado que es considerado superior al resto, incorporando así la jerarquía como un elemento central en nuestra formación. Sin embargo, esto también afianza la idea de que lo cariñoso, lo afectivo, lo normal, lo cotidiano, las cosas lentas y rutinarias, que implican poner el foco en las otras personas con las que convivimos, en la calidad de los espacios y los momentos... “no son cosas de chicos”.

Es decir, no solemos tener referentes hombres cuidando de otros hombres u otras personas de la familia en situaciones cotidianas. Al mismo tiempo ocurre otro proceso paralelo, y es que si lo que nos atrae está relacionado con lo excepcional (ser más rápidos, más fuertes, listos... sin tener en cuenta al resto) es fácil romantizar modelos que nos coloquen por encima del resto, aunque no tengamos en cuenta nuestro entorno espacial, temporal y social. Si analizamos la oferta audiovisual por ejemplo (tanto en series como en películas o videojuegos), veremos cómo se reproduce el mismo patrón: rapidez, superpoderes (elitismo), competición... y descuido de nuestro entorno.

## Las Máquinas

El mundo tecnológico es algo que se nos suele colocar muy cerca: coches, aviones, naves, ordenadores... El género de ciencia ficción da buena cuenta de ello y es algo que suele aparecer en espacios claramente masculinizados como canales de televisión dirigidos a hombres al estilo de *Energy* (simplemente como ejemplo). Desde pequeños, este modelo suele hacerse evidente a través del tipo de juegos que les ofrecemos a los niños y solo hay que revisar el catálogo de alguna tienda de juguetes para poder identificarlo. En mis formaciones suelo hacer preguntas retóricas para identificar cómo estos modelos los tenemos completamente internalizados y forman parte de nuestra forma de pensar y, en este punto, suelo preguntar: si pensamos en alguien que viene a arreglar algún aparato (ordenador, coche, caldera...), ¿en quién pensamos? ¿un hombre o una mujer? A día de hoy sabemos perfectamente que cualquier tipo de persona podría entender el funcionamiento de un aparato pero, el hecho de que culturalmente estos contenidos estén más dirigidos a hombres,

también genera una huella en nuestra manera de percibir el mundo y de imaginarlo.

El comportamiento de las máquinas es radicalmente diferente al comportamiento de las personas, es decir, las máquinas o están encendidas o están apagadas, en caso de que funcionen de manera defectuosa, se hace evidente. Si no funcionan bien, es debido a algún componente que está o viejo o defectuoso y, según el valor del componente, no compensa arreglarlo y se sustituye el aparato entero, por otro nuevo. Las personas son más complejas, no se les suelen cambiar sus componentes, los componentes aprenden y se amoldan, sus defectos suelen esconderse o hacerse imperceptibles, no se les pueden escanear sus componentes para ver qué versión del sistema operativo tienen instalada... es decir, a las personas se las conoce hablando, conviviendo con ellas. Para mejorarlas no hace falta una versión más reciente, la mayoría de las veces solo hace falta una intención de cambio (por parte de la persona que quiera mejorarse) y eso, muchas veces, se logra hablando y practicando esa nueva y mejorada versión de sí misma, que está aspirando ser. Es decir, mientras las máquinas dependen de una persona experta (externa), que cambie un trozo defectuoso de su maquinaria, las personas son capaces de mejorarse a sí mismas, pero no por otra persona, sino por propia voluntad. Sin embargo, vivir entre máquinas nos hace entender a las personas como tales y eso, como veremos luego, tiene consecuencias.

## El Dinero

No podemos negar que estamos hablando de un factor determinante en el mundo en el que vivimos, esto no es algo que marque solo la infancia de los niños, las niñas también se ven claramente afectadas. Sin embargo, en un momento dado, en los niños, lo económico pasa a ocupar un lugar preponderante dentro de sus focos de interés, derivando en un rasgo identitario que clásicamente se ha dado conocer como el “rol del proveedor” (Mahony, 1999). En un primer momento, no comienza siendo algo evidente pero llega un punto en el que los tecnicismos: datos, cifras, fuerza, tamaño, cantidad... todos elementos cuantificables y medibles, encuentran en el dinero un encaje perfecto y es entonces cuando se hace posible medir y ponerle precio a su contexto. Las casas de los amigos, los aparatos que forman parte de su entorno material inmediato (coches, relojes, auriculares, *tablets*, juguetes), comienzan a relacionarse también con un precio y son ellos mismos los que acaban por ubicarse en una escala jerárquica según la cantidad y el tipo de cosas que tienen. Por lo tanto, la acumulación, la novedad de los objetos y su valor económico terminan afectando el valor social que consideran que tienen y van perfilando —también— su estatus en el grupo y su identidad.

Con esto no quiero decir que las niñas o las mujeres no se preocupen por lo económico sino, a muy grandes rasgos, que no logran los estándares culturales de bienestar económico, no impactan tan directamente en su valor social, mientras que, el hecho de que un hombre no tenga trabajo o no pueda aportar económicamente en su familia, merma su valor frente a la sociedad y da lugar a la creación de arquetipos negativizados como “el blandengue” o “el calzonazos”, que claramente marcan su identidad.

## La emocionalidad

Nos vemos regalando máquinas, superhéroes, hablándoles con tonos de voz más graves, alzando la voz, generando juegos de alta movilidad y ocupación del espacio, avergonzándoles si lloran, o lloran muy

alto, jugando a competir, desde un lenguaje técnico: datos, fechas, cifras, pero nada de esto lo hacemos conscientemente, por lo tanto, inconscientemente les estamos formando para que no desarrollen habilidades fundamentales humanas como el sentido kinestésico, al inhibir el contacto físico tierno y cariñoso; la capacidad de autodiagnosticar malestares o depresiones, al reprimir determinadas emociones; limitando su empatía, al ofrecerles sistemáticamente juegos competitivos que les obligan a centrarse en ellos mismos y en el objetivo, minimizando la importancia del resto y del entorno (en lugar de juegos simbólicos, de negociación, de cooperación, de comunicación, de escucha); aumentando las probabilidades de que invadan el espacio vital de otras personas o seres vivos, al valorar y potenciar formas de expresión más eufóricas o iracundas (en un partido de fútbol, por ejemplo).

(1)  
Según Wikipedia:  
"Experiencias subjetivas que pueden ir desde el distanciamiento con el ambiente, hasta pérdida de la experiencia física y emocional".

(2)  
Según el INE, en 2021, el 75,8 % de los delitos graves cometidos en España fueron cometidos por hombres.

(3)  
Según el Informe de Mapfre (2022), los hombres son los responsables del 71,3 % de los accidentes graves.

(4)  
Según el VI informe del Servicio de Atención Telefónica de Casos de Malos Tratos y Acoso en el Ámbito de los Centros Docentes del Sistema Educativo Español, del 2023, del total de situaciones de acoso registrados, 44,5 % fueron cometidos por chicos y 20,7 % por chicas.

Llega un momento en el que, sin darle mucha importancia, le regalamos una pistola, una escopeta, una espada, elementos que han sido diseñados para matar. En un primer momento este elemento es complicado de entender para un niño porque para poder jugar a matar, antes tiene que invisibilizar el daño que va a causar. Si exponemos a una persona de menos de 1 año a una escena violenta, por ejemplo de alguna película de acción, probablemente comience a llorar por el ruido, la manera de hablar, las expresiones no verbales que esa personita pueda identificar. Esto nos muestra que, al nacer, somos capaces de empatizar con el daño de otras personas y por lo tanto, para jugar a matar tenemos que vencer esta barrera separándonos emocionalmente de la acción que vamos a realizar. Este proceso se conoce como disociación (1) y supone darnos una explicación cognitiva para romantizar el daño que vamos a causar, es decir, invisibilizar el daño de la acción para que no nos genere rechazo.

Poco a poco, vamos entendiendo que jugar a matar es solo un juego más y lo ejercitamos con regularidad, pero esto no lo hace menos violento, simplemente evidencia que hemos naturalizado el descuido y el daño como un elemento más de nuestra personalidad. Ya en la adultez, vemos que somos los hombres las personas que más y peor daño ejercemos y lo comprobamos fácilmente con las estadísticas que anualmente registran organismos públicos como el INE (2), o privados como aseguradoras (3), o de la sociedad civil, simplemente viendo los problemas cotidianos que muestran las AMPA (4). Incluso, cuando decimos que a los hombres les cuesta hablar sinceramente con otros hombres, estamos evidenciando los efectos de este modelo formativo, porque nos cuesta ver a otros hombres como personas generadoras de afecto, los vemos como potenciales competidores o peor aún, como potenciales agresores, personas de las que desconfiar. Sin embargo, todo esto no es más que un reflejo de nuestro propio proceso formativo.

No olvidemos, en este punto, que hay un montón de cosas que tradicionalmente han sido masculinizadas y que generan mucho bienestar tanto a nivel personal como social: la investigación, el estudio, la política, el trabajo, son solo algunos ejemplos. Justamente el movimiento feminista, al cuestionar el rol subordinado que históricamente se le ha otorgado a las mujeres y a lo feminizado, busca en estos modelos espacios donde crecer, reclamando para las mujeres el ejercicio de estas facetas. El problema, por lo tanto, no está en los cuerpos, ni en ser hombres, sino en lo que socialmente estamos valorando como masculino. Ahora nos toca revisar los aspectos que tradicionalmente hemos heredado que, no solo limitan nuestro bienestar sino que, directamente, generan mucho daño, para poder incidir en su transformación y generar referentes más cuidadosos, empáticos, cariñosos y responsables.

## 2. La construcción de la juventud

*Nuestra juventud gusta del lujo y es mal educada, no hace caso a las autoridades y no tiene el menor respeto por los de mayor edad. Nuestros hijos hoy son unos verdaderos tiranos. No se ponen en pie cuando entra una persona anciana. Responden a sus padres y son simplemente malos. Sócrates (470-399 a.C.).*

La juventud, así como hemos visto que ocurre con la masculinidad, es una convención social que de una u otra forma vamos entendiendo y reproduciendo a medida que nos vamos desarrollando como personas en este contexto sociocultural, sin embargo, para poder reconocer los elementos que están implícitos en esta idea, y decidir qué partes queremos transformar de ella, antes tenemos que sumergirnos en lo que inconscientemente hemos asumido. No olvidemos que uno de los objetivos de este artículo es analizar lo que hemos ido naturalizando, para decidir qué elementos queremos dejar de sostener de estas estructuras y qué no nos importa seguir manteniendo.

Para empezar, es importante señalar que, a medida que avanzamos por el artículo, me voy a permitir ir haciendo pequeños pliegues en el discurso para evidenciar cómo las tres estructuras que se conjugan (masculinidad, juventud y consentimiento), se van entretejiendo y qué subproductos van originando. En este sentido, es necesario partir de la idea de que la juventud no se entiende como un estadio para quedarse, es más bien entendido como una “fase bisagra” de nuestro desarrollo: entre la infancia y la adultez. Esto que en principio parece obvio, veremos que poco a poco va cobrando importancia en la medida en que entendemos que el modelo sociocultural en el que se inserta es jerárquico (elemento que perfila también la idea de masculinidad), por lo que, al hablar de una fase bisagra, mirada a través de un lente jerarquizado, sin darnos cuenta, asumimos que está subordinada a la adultez y, por lo tanto, minimizamos su importancia sobredimensionando la adultez, por entenderla como el cierre evolutivo de nuestro desarrollo. Esto explica por qué la frase de Sócrates, escrita hace casi tres mil años, sigue manteniendo total vigencia a día de hoy. Evidencia que tanto la idea de juventud, como la mirada adultocéntrica que colocamos sobre ella, han variado poco.

Por lo tanto, vamos a ver algunos elementos que considero importantes para identificar lo que inconscientemente ocurre en occidente al hablar de juventud.

### La irresponsabilidad

Claramente la frase de Sócrates se apoya en esta idea, emitiendo —además— un juicio claro sobre ello sin reparar en que, como sugiere De Stéfano (De Stéfano, 2017) al formular la pregunta: “¿Cosas de niños o cosas que los niños hacen para hacerse hombres?”, probablemente evidencie que lo que estamos haciendo sea ver en la juventud el reflejo de lo que socialmente consentimos en la vida adulta pero que no queremos afrontar. Por lo tanto, la juventud no hace más que advertirnos, haciendo un claro reflejo de nuestra sociedad, sobre lo antiguos que son los problemas que continuamos sosteniendo hoy.

Este tipo de irresponsabilidad que podríamos asociar más al respeto y a una cultura de civismo, que tiene que ver con modales o pautas de comportamiento, no es la única crítica que enfrenta la juventud, sino también la falta de consciencia social y ambiental. Este quizá sea el punto que mayor temor genera en el resto de la población. Al menos en España en los últimos 20 años, los botellones, al no responsabilizarse de los espacios públicos; la reducción de la natalidad, vista como una postura egocéntrica de una juventud centrada en el bienestar personal,

irresponsabilizándose del bienestar futuro y de las pensiones o la última, con el COVID, presentando a la juventud como irresponsable por mantener encuentros con amistades y no llevar la mascarilla, son solo algunos ejemplos donde se aprecia cómo, al menos en las últimas 2 décadas, se han construido discursos de este tipo en los que la irresponsabilidad, ligada a la falta de previsión de un daño generalizado mayor, suelen desestabilizar la confianza en esta etapa vital. La crítica está sostenida por la idea que se trata de personas que solo miran por sí mismas, que no empatizan con el resto de la población, que no les importa lo que piensen de ellas o el futuro... Siempre que no interfieran con su presente.

## La belleza

Por otra parte, existe claramente un discurso que idealiza la juventud. Es evidente que en nuestra sociedad la belleza y la juventud están íntimamente relacionadas, no hay más que ver la mayoría de anuncios cosméticos que aparecen en los medios a diario, para darnos cuenta de esta relación y cómo se traduce a parámetros físicos y mesurables. La idea de belleza está comúnmente asociada a la idea de juventud, presuponiendo que será la etapa en la que mejor aspecto físico tendremos, sin embargo, este mensaje está fundamentalmente dirigido a personas que ya no se consideran jóvenes en nuestro contexto sociocultural. Es decir, desde un análisis hermenéutico de los discursos con los que somos bombardeados, vemos cómo aflora una gran contradicción: mientras por una parte se valora la adultez por encima de otras etapas de nuestra vida, es tan valorada la belleza física, implícitamente asociada a la juventud, que vemos cómo muchas personas dedican gran parte de su tiempo y dinero a cambiar su apariencia física de adultas, deseando tácitamente volver a ser jóvenes.

Esta contradicción no es nueva, gran parte de nuestra mitología está asociada a la búsqueda de la eterna juventud y, por lo tanto, existe una extensa bibliografía en torno al tema y no quiero simplificar el trabajo de otras personas que han nutrido este análisis; sin embargo, para los intereses de este artículo, quiero destacar cómo la idea de belleza está tamizada por una mirada centrada en lo mesurable, no contempla el aspecto relacional ni afectivo, es homogeneizadora (es decir, entiende que se puede trasladar de una persona a otra de forma seriada, a través de diversos procesos), es heteroconstruida (por lo tanto, no son las personas quienes determinan cómo debe valorarse su belleza, sino la sociedad). En consecuencia, se hace evidente cómo los valores tradicionalmente masculinizados (que veíamos en el bloque anterior), vuelven a aparecer perfilando lo que entendemos por belleza, en nuestro contexto cultural. En otras palabras, nuestra idea de belleza está construida desde la mirada masculinizada, fruto de la sociedad en la que hemos crecido y que ha entendido la belleza como un proceso para adornar nuestro entorno. Debido a esto, las mujeres, que a lo largo de la historia han sido siempre cosificadas y entendidas como parte del acervo de los hombres de su familia o su sociedad, debían reproducir estos parámetros. Como el resto de las cosas que poseían los hombres.

Así pues, si cambiamos nuestra mirada sobre la belleza, podríamos entender que no tiene por qué estar relacionada con la juventud, que no tiene que obedecer a estándares creados, que no hace falta cambiar nada de ninguna persona... entre otras muchas cosas. Sin embargo, la razón por la que me he extendido en este punto es porque, tal y como es entendida, este enfoque expone especialmente a una población muy vulnerable: por su corta experiencia, pero también porque se encuentra en una etapa en la que se le abren muchos nuevos frentes, a un juicio social que tiene un peso enorme, especialmente en las mujeres. La juventud, por lo tanto, en nuestra cultura, no solo es una etapa incomprendida (como veíamos

cuando hablaba de la irresponsabilidad), también es una etapa sobre la que ejercemos mucha violencia.

## Las redes sociales

No puedo hablar de la juventud, desde el contexto sociotemporal en el que me encuentro, sin incluir este apartado. Para comenzar, considero importante partir de la idea de que lo que conocemos hoy por redes sociales no es algo nuevo. Somos una especie gregaria, de manera que estas redes han existido siempre. La novedad de estas nuevas generaciones radica en la virtualización de las redes, no tanto en las redes en sí.

Recuerdo que, durante mi etapa universitaria, mientras cursaba asignaturas de arqueología, analizábamos continuamente la importancia de las redes a través de la cultura material encontrada y cómo las representaciones de reuniones, fiestas, celebraciones, ocupaban un lugar importante en esos objetos. En realidad no hace falta estudiar antropología para reconocer lo importantes que son las amistades o la familia en nuestro desarrollo, por eso quiero detenerme fundamentalmente en la novedad que traen lo que hoy conocemos como redes sociales para, como hemos ido haciendo durante todo el artículo, identificar qué elementos estamos sosteniendo socialmente y qué efectos están generando.

Cuando pregunto en mis formaciones para qué nos juntamos con otras personas, las primeras respuestas suelen hablar de fiestas, de celebraciones, de diversión pero luego, alguien suele romper esa línea de opinión y se comienza a hablar de lo más cotidiano: la compra, la crianza, los cuidados... tareas diarias que se facilitan si las hacemos en grupo. Las redes, por lo tanto, están allí para eso. Es cierto, lo más llamativo suelen ser las celebraciones pero lo cotidiano no son las fiestas, se trata de minimizar las tareas, maximizar el tiempo, generar vínculo, crear colectivamente... Sin embargo, cuando analizamos cómo las actualmente conocidas redes sociales afrontan estas necesidades, vemos que ocurren algunas cosas curiosas: por ejemplo, si queremos resolver un problema, no comenzamos por hablar de él, buscamos a personas que nos ofrecen soluciones, para ver cuál es la mejor manera de afrontarlo y finalmente acabamos por no buscar ayuda, las resolvemos individualmente (aunque con mejores ideas). Eso sí, mientras tanto, le damos un *like*, comentamos lo útil que ha sido el *post* que nos ha dado la nueva idea e incluso hacemos una foto y “taguemos” a quien nos la ha dado y, la razón por la que hacemos todo esto, es no enfrentar el miedo atroz a mostrar nuestras vulnerabilidades porque, así como la belleza, las vidas ahora también son escenificables, trasladables, medibles (elementos que veíamos también que aparecían en la construcción de la masculinidad).

Por lo tanto, para hacer recuento de cómo la virtualización de las redes sociales afecta a nuestras vidas, observamos que:

- Añadimos más tareas: fotos, *likes*, comentarios etc.
- Se reduce nuestro tiempo, como consecuencia del aumento de tareas.
- Inhibimos que otras personas nos busquen como apoyo porque, al no apoyarnos en el resto, fortalecemos la idea de que los problemas son privados.
- Precarizamos los vínculos, al no apoyarnos en otras personas, ya que solo accedemos y mostramos la parte “socializable” de las vidas.
- Estandarizamos las relaciones y las vidas, haciéndolas fácilmente comparables y, por lo tanto, susceptibles de ser jerarquizadas... y valoradas.



Por lo tanto, la presión social nos impulsa a escenificar lo que hacemos, a hacerlo llamativo, pomposo, festivo, ¿*instagrameable*? En otras palabras, se hace alarde del espectáculo, mientras escondemos la complejidad de lo cotidiano, con la intención de mantener la atención de un grupo de personas que, en realidad, no nos conocen porque no les consideramos interlocutoras válidas para hablar de lo que realmente nos afecta. Evidentemente, se trata de un análisis poco profundo, tendríamos que hablar de los distintos tipos de redes que creamos virtualmente y de cómo están diseñadas las aplicaciones a través de las que construimos estas redes. Quizá entonces podríamos notar que existen plataformas donde nos mostramos con más sinceridad como WhatsApp o Telegram, y otras donde el modelo basado en el alarde o el espectáculo es más evidente, pero para hablar de todo esto en detalle sería necesario otro artículo. Sin embargo, a modo de comentario, dada la predominancia que tiene el modelo basado en la imagen y la celebración en estas aplicaciones, hace que me cuestione ¿realmente debemos seguir llamándolas “redes sociales”?, porque la mayoría de las veces veo que actúan más como “aisladoras sociales”.

Habiendo llegado a este punto, me parece importante retomar el hecho de que el problema no está en la juventud. Es decir, se trata de una edad difícil y es una de las etapas de reafirmación más complejas de nuestro desarrollo y en la que, por lo poco que aún sabemos de ella, nos enfrentamos a cambios físicos en el tamaño o la forma de nuestros cuerpos, cambios psicológicos que nos hacen pensar y entender el mundo de otra manera, cambios químicos marcados —a su vez— por cambios hormonales repentinos que, también generan nuevos cambios: emocionales, relacionales, en nuestra forma de pensar, en nuestro ritmo circadiano, nuestros gustos, nuestro deseo, nuestro placer... Pero donde quiero centrar la mirada es en los cambios sociales. Se trata de una edad marcada por la falta de acompañamiento. Como sociedad (a diferencia de lo que hacemos con la primera infancia en España, por ejemplo), apenas generamos espacios de apoyo, limitamos los espacios de tutoría en secundaria, prescindimos de la tutoría en bachillerato, generamos una sobrecarga curricular en el momento de mayor transformación personal, invisibilizando los cambios que están ocurriendo y, al mismo tiempo, les forzamos a decidir sobre su futuro académico y laboral, por hablar solo de un área que es común a la mayoría de jóvenes. A este cóctel, ahora debemos agregar las consecuencias del uso prolongado de las “redes sociales” que, como hemos visto, en la mayoría de los casos aumenta el aislamiento, aumenta los problemas de exposición, aumenta la exigencia social (fundamentalmente estética sobre las mujeres y de escenificación de la masculinidad en hombres), y todo esto aumenta la sensación de soledad y frustración. Por lo tanto, el problema no está tanto en esta etapa vital, sino en la manera en la que socialmente la estamos entendiendo y gestionando.

### 3. La construcción del consentimiento

Después de la aprobación de la llamada “Ley del Sí es Sí” en España, este apartado tiene nuevos matices. Quizá ya no es visto solo como un proceso para generar un acuerdo entre dos o más personas en cualquier faceta vital, sino que ahora está íntimamente relacionada con la violencia sexual y con procesos legales punitivos.

Al tratarse de una idea surgida de una relación, ahora ya no hablamos de un rasgo que puede o no identificarnos (como la masculinidad o la juventud), sino de un proceso que involucra necesariamente a varias partes o personas y tenemos que tener en cuenta varias cuestiones.

#### Los privilegios

Como hemos ido viendo, nuestra sociedad tiene como tarea revisar muchas violencias que, sin darnos cuenta, sostenemos y reproducimos a

diario. Nuestro modelo social está muy lejos de ser igualitario. Sin darnos cuenta, consentimos y mantenemos niveles de bienestar asociados a muchas facetas de nuestra vida que están valoradas socialmente: la capacidad adquisitiva, el color de piel, la nacionalidad, nuestra situación legal, el género, la religión... En fin, son tantas que no podría nombrarlas todas, pero lo que deseo resaltar ahora es cómo interseccionan entre sí para generar niveles que nos hacen la vida más o menos sencilla. Es decir, lo que comúnmente solemos llamar privilegios (McIntosh, 1989).

No es lo mismo enfrentar una situación con un nivel de privilegios u otro. Por traer una situación que lamentablemente veo de forma muy cotidiana en centros de educación secundaria: un chico es reiteradamente aislado del grupo por sus propios compañeros y compañeras de clase, a través de bromas pesadas o burlas que hacen constantemente. En caso de que se hagan durante el tiempo en el que estoy en clase, le pregunto al chaval si se siente bien y su respuesta, como es previsible, suele ser afirmativa y, aunque el solo hecho de preguntarle ya hace ver a la clase la violencia a la que están sometiendo a una persona de su grupo, y suelen parar los comentarios, lo que evidencia es que muchas veces las personas afectadas por un tipo de violencia suelen invisibilizarla. Eso no significa que la violencia no ocurra, porque cuando le pregunto a otra persona del grupo si se sentiría bien con ese trato, suelen bajar la cabeza y hacer silencio, haciendo ver que, no solo es capaz de identificar la violencia implícita en el trato sino que, entiende el daño que se siente al recibirla. Algunas, sintiéndose reforzadas, me dicen claramente que eso ocurre a diario, que nadie hace nada y que saben que la persona aislada no lo está pasando bien y directamente lo identifican como *bullying*. Con todo esto, lo que pretendo poner de relieve es cómo en un caso, una persona abiertamente se esfuerza por evitar u ocultar el daño sufrido y, probablemente, se contentaría simplemente con no recibirlo mientras que, por otra parte, otras personas con más privilegios pueden dedicarse más fácilmente a pensar en lo que les gusta sin dedicar esfuerzos a evitar estos daños. Por lo tanto, para poder entender cómo debemos gestionar el consentimiento, es fundamental partir de la base de que no todas las personas estamos dispuestas a consentir lo mismo porque, probablemente, nuestro abanico de consentimiento está marcado por las violencias que hemos naturalizado.

Esto ocurre porque, en la mayoría de los casos, cuando naturalizamos un privilegio, no reconocemos la vulneración de derechos que esconde, simplemente asumimos lo que está pasando como “lo normal”, es decir, los privilegios se vuelven invisibles para quienes los tenemos, a menos que hagamos un trabajo de consciencia para identificarlos y, solo entonces, podremos pensar en cómo minimizar su efecto. Hasta ese momento, lo más probable es que, sin saber cómo e incluso sin desearlo, estemos contribuyendo a reproducir el daño.

## El placer

Otro elemento que entra en juego cuando queremos analizar lo que consentimos está relacionado con aquello que nos gusta o nos apetece. El inconveniente en este caso surge cuando nos damos cuenta de que no contamos con espacios de formación para reconocer nuestro placer. La mayoría de las veces la estrategia publicitaria se centra tanto en decirnos lo que nos debe gustar, cómo y cuándo, que apenas nos quedan espacios para poder identificar lo que realmente deseamos.

Podríamos pensar, por ejemplo, que el peinado que llevamos, o el largo del pelo o la ropa son elecciones personales que han ido evolucionando a lo largo de nuestra vida hasta llegar al resultado que hoy lucimos frente al espejo, sin embargo, todas estas cuestiones están determinadas por la publicidad, los prejuicios que tengamos sobre nuestra edad, nuestra talla, nuestro género. Es decir, el sistema social y nuestra cultura local

han decidido antes que la mayoría de personas, cómo debería ser nuestro aspecto físico y luego terminamos eligiendo los detalles. Lo que considero más importante de esta reflexión, es el hecho de que, en el proceso, tenemos la satisfacción de haber decidido en función de lo que deseábamos. Lo que Ana de Miguel (2015), ha dado a conocer como “el mito de la libre elección”.

Esto nos situaría frente a una paradoja porque, si reconocemos que, por poner un ejemplo, la ropa que ahora nos gusta es fruto de un bombardeo mediático que ha hecho que ahora me resulte deseable un conjunto que hace diez años hubiese rechazado, estaría reconociendo, por una parte, que el deseo y el placer se educan y, por otra, que el hecho de que algo me resulte deseable, no lo decido solo yo. Existen entonces, multitud de factores que se conjugan para construir lo que reconocemos como placentero y muchos ya vienen determinados por la cultura del lugar y del tiempo en el que nos encontramos, sin embargo, en la medida en que vamos conociéndonos más y vamos identificando lo que nos caracteriza, también vamos encontrando la manera de construir elementos propios, personales, originales que dan cuenta de un proceso de elección también deseado, pero no basado en la oferta sino generado a pesar de la oferta. Los procesos más homogeneizadores podríamos identificarlos como los generadores de un placer más reproductivo (lo que nos dicen qué nos tiene que gustar), mientras que los que surgen del segundo proceso podríamos identificarlos como surgidos de un placer más creativo.

### La sexualidad

Es solo colocar esta palabra en una hoja y sentir cómo el peso del tabú de siglos y siglos se posa sobre el texto. Así que intentaré ser lo más cauteloso que pueda al perfilar este apartado que, de entrada, tengo que advertir que trataré muy someramente para ceñirnos a los objetivos del artículo.

Si, como lo hemos ido haciendo a lo largo de este ensayo, conjugamos los diferentes apartados que se han presentado, podremos adelantarnos al hecho de que la sexualidad que consumimos en occidente no deja de ser un producto más de nuestro modelo social, teniendo en cuenta que nuestro deseo está siendo constantemente modulado, dirigiéndonos hacia un tipo de placer fundamentalmente reproductivo al que podemos acceder (o no), según el rango social que tengamos, a partir de la suma de nuestros privilegios.

Pasemos entonces a identificar los ingredientes que caracterizan el modelo de sexualidad que consumimos, para entender más claramente cómo se ha ido moldeando nuestro deseo. Mecánico: para empezar podemos reconocer cómo el modelo de sexualidad que más comúnmente se nos presenta, deja de lado la diversidad biológica, cultural, emocional, contextual... al asociar el placer sexual a zonas, puntos, posiciones... muy lejos quedan los sentimientos, los gustos, las personalidades. Se presentan los cuerpos cosificados, se entiende la sexualidad como una fórmula, algo previsible, trasladable, automático. Competitivo: vemos cómo continuamente se mide a las personas según su tipo de cuerpo, el tamaño de pene o de los senos, el número de parejas... lo que, a su vez, hace evidente la siguiente característica. Jerárquico: se evidencia un patrón de relación muy claro en el que se reparten dos roles: activo o pasivo y, en relaciones heterosexuales, se hace muy evidente cómo el rol activo lo ejercita habitualmente el chico y el pasivo, la chica. Hetero: la gran mayoría de las escenas que hacen alusión a la sexualidad están, o bien representadas por una pareja heterosexual o bien en la idea de una relación heterosexual. Orgasmocéntrico: es decir, para empezar se presupone que la sexualidad tiene un fin y, para seguir, se identifica el objetivo con el orgasmo. Y, por si todo esto no nos parece tremendamente

parecido a lo que veíamos en el bloque sobre la masculinidad, también evidenciamos cómo otro de los elementos que perfilan el modelo de sexualidad occidental es que erotiza el daño, convirtiéndolo en algo deseable, es decir, romantizándolo.

En este momento, según el grado de deconstrucción de nuestro modelo de sexualidad, podríamos pensar que todo esto es obvio, que de esto se trata la sexualidad y que lo extraño sería que alguien desee otra cosa. Sin embargo, para hacer evidente el grado de intromisión del sistema en una dimensión tan personal como lo es la sexualidad, suelo explicar que así como no podemos imaginarnos sin la capacidad de crear, no podemos entender la humanidad sin sexualidad, simplemente es una dimensión más de nuestro cuerpo. Por lo tanto, si asumimos que hemos sido y seremos seres sexuados, tendríamos que admitir que teníamos sexualidad a los 3 años y la tendremos a los 93. En este momento suelo preguntar: ¿Creéis que a los 3 años erotizábamos hacerle daño a otra persona? ¿Hacerle daño a otra persona nos hubiese podido generar placer? Al hacer estas preguntas suelo ver cómo las miradas cambian y comienzo a intuir, a través de las expresiones no verbales, cómo empiezan a darse cuenta de que lo que hasta ese momento consideraban que era algo simplemente biológico, se trata una vez más, de un triunfo del sistema sociocultural que nos ha formado.

Por una parte podríamos quedarnos con la idea de manipulación o falta de control sobre muchos aspectos personales pero, la intención es justamente la contraria. El esfuerzo por evidenciar cómo la sociedad es un interlocutor muy activo en nuestra manera de ser, también nos muestra que muchos de los procesos que hubiésemos podido pensar que estaban determinados biológicamente, en realidad han sido aprendidos y moldeados por el grupo en el que hemos crecido. Esto también puede interpretarse como una buena noticia porque al asumir que nuestro deseo es moldeable, podemos pensar en crear nuevas formas de relación que eviten el daño y, en caso de que ocurra, repararlo en vez de naturalizarlo.

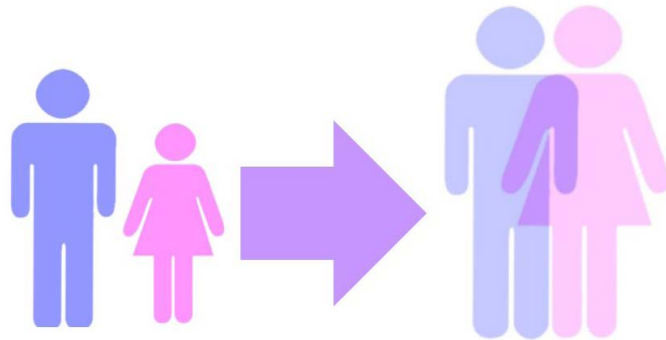


Figura 2. **De la jerarquía a la simbiosis.**

Fuente: elaboración propia.

### La construcción colectiva

Hasta aquí la idea era identificar los elementos que se están conjugando cuando hablamos simplemente de tres conceptos tan cotidianos como puede ser masculinidad, juventud y consentimiento. En ese sentido, a lo largo del recorrido hemos sentido cómo el peso de lo que social y culturalmente ha construido nuestro sistema se ha ido colando sin darnos cuenta en actitudes, comportamientos, pensamientos, expresiones... que no hacen otra cosa que evidenciar que no teníamos las cosas tan superadas como pensábamos y que, por lo tanto, aún nos queda mucho trabajo.

Al identificar el proceso de masculinización y reconocer que no se trata de un proceso elegido sino impuesto, en el que a través de juegos, bromas,

conversaciones vamos guiando a una parte de la población para que desarrolle una visión más mecanicista de las relaciones; jerárquica, que no preste atención a los cuidados, lo afectivo lo emocional y, de hecho, lo infravalore (por lo que sin darse cuenta, acaban por descuidar su entorno); muy pendientes del dinero y del valor económico de las cosas; preocupadas por aparatos o cifras, a veces incluso más, que por personas; que entiende que los problemas se solucionan mejor por la fuerza y, por lo tanto, acaban priorizando la meta antes que los procesos y los contextos... vamos entendiendo que igual no se trata solo de una parte de la población, podemos reconocer que hablamos del propio sistema en el que coexistimos y esto no hace más que sacar a la luz que el sistema en el que vivimos es masculinizado. Es decir, llevamos tantos años construyendo un sistema social por hombres (que a su vez han sido socializados de esta manera), que hemos acabado por generar un sistema social a la imagen de quienes lo crearon.

Esto explica por qué cuando detenemos la mirada sobre la juventud, nos encontramos, para empezar, que la entendemos como una etapa vital subordinada. En otras palabras, la vemos ya desde un enfoque jerárquico y, por lo tanto, hacemos lo que solemos hacer con lo que no consideramos importante: negamos, invisibilizamos o, en el mejor de los casos, minimizamos sus necesidades; la revictimizamos al exigirles pruebas de lo que nos dicen a viva voz que les afecta, por lo tanto, presumimos que mienten o manipulan la realidad; les sobreexigimos para que demuestren su valor, al pedirles que en esta etapa tengan las mismas cotas de productividad que tenemos en edad adulta y les culpabilizamos si no lo logran. Mientras, por otra parte, les hemos tenido atados a pantallas desde la infancia (para que no nos molestaran), y ahora les echamos en cara que son incapaces de relacionarse fuera del móvil, con vidas centradas en “parecer”, antes que “ser”.

Y finalmente, nos enfrentamos al consentimiento, un espacio de negociación entre dos o más partes cuando, en la mayoría de los casos, no tenemos la misma responsabilidad pero, donde las personas con más privilegios somos quienes más somos tenidas en cuenta (en vez de ser al revés, para minimizar la disparidad de poder), esforzándonos por escenificar placer, antes incluso que sentirlo, intentando amoldarnos al placer reproductivo antes que identificar ni crear el propio. Por lo tanto, ponemos la mirada en las estructuras, dejando de lado la observación personal, lo emocional, y también los daños. Al analizar cómo todo esto impacta en el terreno sexual, nos percatamos de que se trata de una dimensión humana muy poco explorada, pero (quizá por ello), en la que reproducimos enormes cantidades de violencia y que, por tratarse de un tema tabú, íntimo y personal, la mayoría de las agresiones no se registran por la falta de identificación, el miedo a la revictimización, por la vergüenza o por la desconfianza en las instituciones (también androcéntricas, adultocéntricas, mecanicistas, poco cuidadosas...). Por poner un ejemplo de cómo todo esto se concreta en un hecho, podemos revisar el “Caso Rubiales” (5), que se ha estado desarrollando justamente en estos días, para identificar lo cotidianas que son las consecuencias cuando conjugamos masculinidad hegemónica, juventud y consentimiento en un hecho: un hombre que decide celebrar una victoria sin tener en cuenta que tiene más poder que una mujer joven (y subordinada) y por lo tanto, invisibilizando el sentir de la jugadora, negando el daño causado, cuando ya no se puede ocultar más, minimizándolo en pro de “lo importante” y sin poner la mirada en la huella emocional que podría tener para la mujer que ha expresado claramente sentirse dañada. Paralelamente, vemos cómo las jugadoras temen ser represaliadas por las instituciones de las que dependen pero, eso sí, en este caso, deciden romper el silencio en grupo (y este es un aspecto determinante, tanto del caso, como de las acciones no violentas), poniendo por delante el sentir de la jugadora, evidenciando

(5)

La Selección Femenina de Fútbol español ganó el Mundial de 2023 y, durante la celebración, el presidente de RFEF besó a una jugadora en la boca sin su consentimiento.

Este hecho ha generado mucha polémica debido a que, en lugar del silencio que suele acompañar estas situaciones, se ha puesto el foco en la irresponsabilidad del presidente, gracias a la acción conjunta de las jugadoras al dimitir en grupo y luego denunciarlo. Acción No-Violenta y Sorora.

la violencia estructural, machista y adultocéntrica a través de las que se justificó una acción claramente no consentida y aún sin reparar.

Estamos hablando, por lo tanto, de la violencia que ha construido nuestra sociedad desde hace milenios y, aunque no podemos negar el tremendo avance que hemos logrado en los últimos siglos, aún tenemos mucho trabajo pendiente. Por lo tanto, para enfocarnos en las tareas que se desprenden de este análisis, no quería cerrar este artículo sin iniciar un listado de preguntas que nos inviten a realizar un trabajo de introspección que tenga por objetivo conocernos más y, en el proceso, reducir las violencias que identificamos haciéndonos responsables de las que, por acción u omisión, estemos contribuyendo a generar.

## Las herramientas

Mi intención nunca ha sido regodearme en una visión catastrofista de nuestra sociedad, eso —si me apuran— ha sido más una estrategia. Lo que realmente considero esencial es nuestra capacidad de transformación, como personas y como sociedad. Al finalizar cada apartado he intentado hacer evidente este objetivo y no centrarme tanto en lo terrible del paisaje sino en la persona que lo pinta y las posibilidades que eso nos brinda. Porque, si asumimos que toda persona y todo grupo de personas somos también fruto de nuestro tiempo y nuestro contexto, también podemos entendernos como contexto temporal, relacional, espacial... de otras muchas personas y, por lo tanto, asumir las responsabilidades que tenemos frente a las estructuras y los cambios que buscamos.

Tampoco quiero dar entender que todo cambio social depende de cambios exclusivamente personales, entiendo que los cambios sociales necesitan de grupos, de asociaciones, de estructuras y, por ende, de negociación, de reflexión, de errores... pero, intencionadamente, quiero poner la mirada en nuestra capacidad de transformación, tanto personal, como política, social y cultural porque, en definitiva tendremos más probabilidad de lograr cambios a gran escala si cada una de las personas nos asumimos como agentes de cambio. Solo que no se trata de una persona pintando un paisaje sino de un paisaje colectivo que pintamos entre todas. Cuantas más pintemos y con más consciencia, más representativo y transformador será el resultado.

- 1) De lo externo a lo interno. Como hemos ido remarcando a lo largo de este ensayo, la construcción social no parte de la persona sino de la sociedad, es decir, no nos preguntan desde la infancia qué nos interesa, nos gusta, nos atrae... por el contrario, se nos ve con unas características físicas determinadas e inmediatamente se presupone qué y cómo debemos ser. En este punto, por lo tanto, tendríamos que preguntarnos: ¿qué es lo que realmente me gusta? Sin embargo, como es casi imposible que nuestra respuesta no esté mediatizada por nuestra cultura, la idea no es hacernos esta pregunta una única vez, sino hacérsela muchas, muchas, muchas veces y así, por ejemplo, si al hacérsela por primera vez muchos chicos puedan decir “lo que realmente me gusta es el fútbol”, después de hacerse varias veces esa pregunta, puedan llegar a descubrir que “lo que realmente le gusta del fútbol es jugar” y otro “lo que realmente le guste sea planificar las timbas”, “escucharles”, “contarles lo que le ha pasado”, “cortar el césped del campo”, “hacer la comida de después”... y vamos finalmente identificando la diversidad que realmente somos. Finalmente, también puede pasar que nos demos cuenta de que no nos gusta el fútbol y, en ese caso, tampoco estará mal. Simplemente habremos descubierto que el tiempo que antes invertía en ver partidos, ahora lo puedo aprovechar en otras cosas.

- 2) Del deber a la ilusión. Debido a que en nuestro modelo de socialización los procesos vienen impuestos por nuestro grupo social, es muy común entender como exigencia muchas cosas que hacemos y, por lo tanto, nos despiertan cierto rechazo. Pero si nos paramos a pensar (y a sentir), desde una motivación más esencial, alineada con el objetivo de cooperar para lograr una mejor sociedad o una mejor versión de mí, podríamos sorprendernos sintiendo que, en realidad, nos gusta hacer lo que hacemos. Desde ese momento, la mirada cambia. Encontrarle un sentido a lo que hacemos (orientándolo hacia una transformación mayor, desde nuestra emoción), cambia radicalmente nuestra manera de afrontar la misma tarea. En este punto la pregunta es ¿para qué estoy haciendo lo que hago? (intentando conectar pensamiento y emoción). En este caso, la inercia nos lleva a dar respuestas paralizantes (porque me obligan, necesito el dinero, no hay otra cosa...), por lo tanto, nuestro trabajo lo tendremos que dirigir hacia una mirada más amplia (a quién le sirve lo que yo hago, cómo, cuándo...). Sin embargo, también cabe la posibilidad de que nos demos cuenta de que eso que estamos haciendo realmente no nos guste y en ese caso, esta tarea nos habrá permitido identificar un foco de estrés personal para poder, en el momento oportuno, buscar nuevos puntos ilusionantes que nos permitan dotar de sentido lo que hacemos a diario.
- 3) De la competición a la cooperación. Comúnmente se nos ofrece la posibilidad de divertirnos, relacionarnos o incluso negociar a través de la idea de que alguien gana y el resto pierde, incluso en las películas y series que vemos a diario nos plantean el mismo esquema donde hay un grupo de élite que tiene lo que desea, mientras que el resto no. ¿Qué pasaría si comenzamos a cooperativizar las relaciones?, es decir, no se trata de que ahora formemos equipos y ganemos unos cuantos para seguir marginando al resto, sino de ver de qué manera podemos ganar con las personas que actualmente marginamos. Esto es una de las tareas más complejas que tenemos a día de hoy porque la cultura de la competición es omnipresente pero, para poder hacer pequeñas transformaciones es imperativo hablar con personas con las que habitualmente no nos relacionamos, por lo tanto, en este punto la pregunta sería ¿hablo solo con personas que opinan como yo? Es posible que, al hablar con otras personas, encuentre enfoques diferentes para entender los mismos problemas que ya he identificado o, por el contrario, es posible que me dé cuenta de que son personas aún más violentas que yo y, en ese caso, tendré una tarea aún más compleja porque, mi labor no puede consistir en exigirles que cambien (una vez más asumiendo mi fórmula como la mejor, para luego imponerla, haciendo uso de mi jerarquía), sino en observar por qué mantienen los modelos relacionales que mantienen y poder llegar a consensos en los que, teniendo en cuenta sus necesidades, se puedan minimizar las violencias que detectamos.
- 4) De callar a escuchar. A veces, por el contrario, no queremos imponer nuestra forma de ver las cosas y aunque identificamos que lo que está pasando no está bien, no hacemos ni decimos nada y por lo tanto, a través del silencio, nos hacemos cómplices de la violencia. En estos casos, la decisión no está solo entre callar o hablar, es decir: negativizando la acción pasiva y positivizando la activa. Como hemos visto, podemos generar mucho daño tanto con una como con la otra. En este momento también podemos probar a escuchar y, para facilitararlo, en caso de haber presenciado alguna situación violenta, podríamos hacernos la siguiente pregunta: ¿le hemos preguntado a la persona que ha sido dañada qué necesita? Igual esa persona no ve la violencia o, si la ve, no se siente preparada para hacer algo al respecto pero, es posible que necesite hablar con alguien de lo ocurrido, asumiendo que, en ese momento, lo mejor que podemos hacer es

escucharla. Puede pasar también que no reciba con agrado nuestra muestra de atención pero, si en algún momento se siente preparada para hablar, es probable que nos tenga en cuenta.

- 5) De lo social a lo vincular. Actualmente no es muy políticamente correcto decir esto porque se entiende que la mirada de género pone el foco en un problema de derechos y deberes sociales; sin embargo, el hecho de que sostengamos a día de hoy todas las violencias que hemos comentado, hace evidente que el problema que tenemos delante es también social, vincular, cultural. En otras palabras, hacemos lo que hacemos porque personas que nos han cuidado y en las que hemos confiado, nos han transmitido un modelo social que reproduce mucho daño y, a veces, cuando criticamos solo los daños que identificamos, se entiende como que estamos atacando a las personas que nos han formado y por las que, sin darnos cuenta, hemos generado lealtades. Sin embargo, no podemos negar esta realidad, no dejamos de ser personas sociales, gregarias, relacionales, por entender cognitivamente las violencias a las que nos enfrentamos a diario. Aunque sea más compleja la tarea, nuestro deber es incorporar esta dimensión humana en nuestras relaciones, para permitir que las personas y los grupos puedan reflexionar sobre lo que hacen, cómo lo hacen y buscar fórmulas que impliquen menos daño. En este punto la pregunta sería: ¿te gustaría que a tu familia le pasara...[el daño que hemos identificado que se está naturalizando]? Soy consciente de que suprime la mirada amplia que aporta el enfoque de derechos humanos, pero, en muchas ocasiones, activa la responsabilidad social que tienen las personas con las transformaciones que les gustaría que ocurrieran en sus entornos afectivos inmediatos y, desde allí, también se puede generar transformación. En caso de que no haya respuesta verbal y se genere un silencio, esta misma respuesta no verbal, puede ser usada para evidenciar tanto la identificación del daño, como las ganas de buscar una estrategia para minimizarlo.
- 6) De la culpa a la responsabilidad. Muchas veces da la sensación de que estamos desviando la atención de la violencia ejercida y de quienes la han generado pero, al trabajar con personas que han sido etiquetadas como agresoras, desde un modelo más punitivista, y confrontarles con el daño que identificamos, suelen generar actitudes de negación, invisibilización o minimización del daño y de su responsabilidad. Sin embargo, al abordarlas desde este enfoque, planteándoles responsabilidades concretas en la identificación del daño, la reparación y la no repetición de la violencia, evidenciamos muchos cambios. Para empezar, entienden el proceso a través del cual han llegado a realizar las acciones que les han llevado a ejercer el daño identificado y, al hacerlo, indirectamente también comprenden que se trata de un problema sistémico en el que evidentemente cumplen un rol, pero, a partir de este proceso, pueden reconocer otros elementos que han intervenido. Por lo tanto, se entiende que va más allá de un problema de esencias (no es cuestión de ser buenos o malos), se trata de identificar los factores que incitan o reducen el daño. En consecuencia, se percatan de que su trabajo consiste en evitar conjugar estos factores de riesgo, responsabilizándose de incluir más elementos que reduzcan la posibilidad de ejercer daño en su cotidianidad y, por lo tanto, siendo protagonistas de sus propios procesos de recuperación. Otro de los cambios que frecuentemente se evidencian es que, al reconocer, analizar y responsabilizarse de los daños causados, deciden iniciar procesos de reparación con personas que hayan sufrido daños similares a los que han causado. Por lo tanto, la pregunta de este bloque es, frente a conductas, comentarios, pensamientos que sabemos que pueden hacer daño ¿buscamos imponer un castigo o evitar su repetición, generando aprendizaje en el proceso? Muchas veces nos vemos autoimponiéndonos castigos pero, mi experiencia al



respecto, es que es mucho más útil hablar de lo que no nos gusta de nosotras mismas (como personas y como sociedad), bien sea nuestro o ajeno, eso sí, en entornos seguros y guiados porque, debido a lo disruptivo de este enfoque, es posible que si exponemos un caso sin las condiciones de trabajo adecuadas, aumentemos la dimensión del daño, sintiéndonos aún más culpables, en vez de responsabilizarnos de su reparación.

Todo esto nos lleva a contemplar situaciones tan complejas como que, por el hecho de consentir alguna situación que sentimos ligeramente impuesta, puede ser que luego sienta culpa (6) por no haber conectado conmigo a tiempo (1), dejándome llevar por lo que se espera de mí, más que por lo que realmente siento (2), así que vuelvo a sentir que se trata de una competición y que la otra persona ha ganado (3), y acabo por pensar que tenía que haber reaccionado de una manera más empoderada (5); sin embargo, como no lo he hecho, elijo no hablar de ello, por miedo al juicio que pueda recibir (4) (6).

(6)  
Los números que aparecen al final de cada frase, se relacionan con los apartados que se describen en el bloque de "Las herramientas".

El consentimiento, por lo tanto, es una negociación compleja en la sociedad en la que vivimos; el deseo, en cambio, nos sitúa en el ahora, en el presente y, por lo tanto, es más fácil identificarlo pero, a nivel social, es más complejo de regular (de demostrar). Por eso justamente considero que el consentimiento sigue siendo una herramienta muy necesaria a día de hoy. Sin embargo, es muy importante que cada vez más, juntemos ambos conceptos, para que no quede todo en un "sí" o un "no". En ese sentido, y en mi papel como hombre en este contexto social, temporal y espacial, en el que continuamente veo cómo se me propone erotizar la dominación, la cosificación, la falta de empatía... creo que tenemos que esforzarnos en erotizar la ternura, la comunicación, la empatía, los cuidados, las preguntas (antes que la acción).

¿Qué tal si nos atrevemos a romper con las inercias que vamos identificando y comenzamos por hablar sinceramente, desde lo que sentimos, escuchando también las inercias que otras personas sienten y practican, pero sin juicios, eso sí, con mucha responsabilidad por las violencias que, nos guste o no, aún continuamos sosteniendo? Sería mucho más potente si, además, lo hacemos en grupo y con alguna guía (al menos para empezar), porque es posible que salgan situaciones complejas, que hagan aflorar nuestras inercias. ¿Te apetece?

## Referencias bibliográficas

**BALLESTER, L. Y ORTE, C. (2019):** *Nueva pornografía y cambios en las relaciones interpersonales de adolescentes y jóvenes*. Octaedro. Barcelona.

**BLANCO, M<sup>a</sup> ÁNGELES (2014):** "Implicaciones del uso de la redes sociales en el aumento de la violencia de género en adolescentes". *Comunicación y Medios*.

**DE MIGUEL, A. (2015):** *Neoliberalismo sexual. El mito de la libre elección*. Cátedra. Valencia.

**DE STÉFANO, M. (2017):** ¿"Cosas de niños" o cosas que los niños hacen para hacerse hombres? Reflexiones antropológicas sobre edad, violencia y masculinidad". *Hachetetepé*. Cádiz.

**GARRETA, J. (2023):** *La violencia en los centros educativos*. CEAPA. Madrid

**HERRERA, C. (2019):** *Hombres que ya no hacen sufrir por amor*. Catarata. Madrid.

**INE (2021):** Condenados en España por sexo y tipo de delito [Consultado el 12 de agosto de 2023]. Disponible en: <https://www.ine.es/jaxiT3/Datos.htm?t=25698>

**KAPLÚN, D. Y ROLDÁN, P. (2019):** *La presencia de modelos tóxicos de sexualidad en la adolescencia*. Instituto de la Mujer de Castilla-La Mancha.

**LASEXTA (2018):** Los terribles testimonios en Salvados de varias chicas al tener sexo violento sin su consentimiento [en línea]. YouTube. [Consultado el 12 de agosto de 2023]. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=QPtoEKIOriU>

**MAHONY, R. (1999):** *Child Care, Gender and Society*. Routledge. London.

**MAPFRE (2022):** *Informe de Siniestros de Automóviles de Mapfre de 2022*. Mapfre. Madrid.

**MATURANA, H. Y VARELA, F. (1998):** *De Máquinas y Seres Vivos*. Editorial Universitaria. Santiago de Chile.

**MCINTOSH, P. (1989):** *White Privilege: Unpacking the Invisible Knapsack*. National SEED Project. Wellesley.

**MINISTERIO DE EDUCACIÓN (2023):** Informe del Curso 2021-2022. Servicio de atención telefónica de casos de malos tratos y acoso en el ámbito de los centros docentes del sistema educativo español (Tfno. 900 018 018) [en línea] Ministerio de Educación y Formación Profesional [Consultado el 13 de agosto de 2023]. Disponible en: [https://www.libreria.educacion.gob.es/libro/informe-del-curso-2021-2022-servicio-de-atencion-telefonica-de-casos-de-malos-tratos-y-acoso-en-el-ambito-de-los-centros-docentes-del-sistema-educativo-espanol-tfno-900-018-018\\_180998/](https://www.libreria.educacion.gob.es/libro/informe-del-curso-2021-2022-servicio-de-atencion-telefonica-de-casos-de-malos-tratos-y-acoso-en-el-ambito-de-los-centros-docentes-del-sistema-educativo-espanol-tfno-900-018-018_180998/)

**NOGUES, G. (2019):** *Pensar con otros. Una guía de supervivencia en tiempos de posverdad*. El gato y la caja. Buenos Aires.

**RANEA TRIVIÑO, B. (2021):** *Desarmar la masculinidad*. Catarata. Madrid.

**ROLDÁN, P. (2019):** *Guía para familias: Construyendo en Igualdad y Buen trato* [Consultado el 27 de agosto de 2023]. Disponible en: <http://www.madrid.org/bvirtual/BVCM050124.pdf>.

**ROSENBERG, M. B. (2018):** *Educar a los niños desde el corazón. Ser padres según la Comunicación NoViolenta. Algunas ideas prácticas para aplicar la Comunicación NoViolenta a la educación*. Acanto. Barcelona.



La violencia sexual se encuentra en el centro de las demandas y transformaciones feministas de la última década en todo el mundo. Fruto de ese debate y también de la necesidad de situar en el mismo a las personas jóvenes con su agencia, voces y experiencias, nace este volumen. En él se convocan autoras/es de diversos espacios e intersecciones que plantean sus perspectivas en torno al concepto del consentimiento, desde una noción amplia, que atraviesa no solo la sexualidad, sino las relaciones y la forma en la que los feminismos contemporáneos la abordan. A lo largo de estas páginas se compilan el conocimiento y las experiencias de personas que representan el trabajo cotidiano en acompañamiento y acción con la juventud, de voces que se articulan desde el activismo de base y las luchas por la representación y la redistribución, de pensadoras y expertas que plantean preguntas, métodos y también respuestas para seguir avanzando en igualdad y en vidas libres de violencia.

Con la juventud como principal protagonista presentamos un número que acoge la reflexión y el diálogo acerca del consentimiento en relación con la historia, con perspectiva de género, hasta la contemporaneidad, desde la cosmovisión del derecho a ser, con perspectiva psicológica, desde el enfoque de masculinidades, y con la presentación de propuestas prácticas de proyectos que se están llevando a cabo para abordar la sexualidad en 360 grados, atravesada por los sentidos y el con-sentimiento.

*Sexual violence is the core of feminist demands and transformations around the world in the last decade. As a result of this debate and the need to situate young people within the debate with their agency, voices and experiences, this volume is born. It brings together authors from different spaces and intersections who offer their approaches on the concept of consent, from a broad notion that encompasses not only sexuality, but also relationships, as well as the ways in which contemporary feminisms approach those. Through these pages we bring together the knowledge and experience of people who accompany and work with young people on a daily basis, voices from grassroots activism and struggles for representation and redistribution, thinkers and experts who offer questions, methods and answers to continue fostering equality and a life free of violence. By having young people as the main protagonists, we present this nº128 issue that embraces reflection and dialogue on consent in connection to history—from a gender perspective—until the contemporaneity, from the cosmovision of the right to be, from a psychological perspective, from the masculinities approach, and with the presentation of practical proposals of projects that are being carried out to address sexuality in a 360 degree review way, crossed by the senses and the with-feeling.*